

«El Caballero Audaz» entre el erotismo y la pornografía

Hay sombras en el mundo de la literatura que un día fueron famosos escritores y disfrutaron de una aceptación generalizada y de los elogios de los grandes maestros. Durante su vida ocuparon un alto lugar en la república literaria de su momento. Y, sin embargo, aquellos valores que se pensaron incommovibles y que tenían todo el aspecto de perdurabilidad, una vez muerto el escritor, se cuestionaron, vinieron a tierra de una manera estrepitosa, cuando no fueron olvidados paulatinamente hasta quedar convertidos en meros nombres, refugiados en el polvo de las viejas enciclopedias, sin cabida en los manuales de nuestra época y mucho menos entre los volúmenes de las librerías actuales.

El tiempo es un aliado indudable en este tipo de olvidos. Pero cuando se trata de autores que han escrito la mayor parte de su producción en nuestro siglo XX, hay que pensar que otra serie de factores se ha unido al natural transcurrir de los años, para relegar su figura y su obra a ese terreno crepuscular de la investigación literaria.

Uno de esos casos de escritor famoso en su momento y ahora completamente olvidado¹ es el de José María Carretero y Novillo, que vivió durante la primera mitad de nuestro siglo y que popularizó hasta límites insospechados el pseudónimo agresivo y vagamente sugeridor de «El Caballero Audaz».

En el ambiente literario de la época, primer tercio del siglo XX, la figura de este polígrafo aparece adscrita a una tendencia que contó con grandes cultivadores y que tuvo un éxito muy acentuado entre los lectores: la novela erótica.

La literatura galante o sicalíptica, nombres que recibió en su momento,² se nutría

¹ No lo encuentro mencionado, por ejemplo, en un estudio tan fundamental para la época como el de José-Carlos Mainer, *La Edad de Plata (1902-1939)*, Madrid, Cátedra, 1981; ni en José Domingo, «La prosa narrativa hasta 1936», en J.M. Díez Borque, *Historia de la literatura española* (ss. XIX y XX), Madrid, Guadiana, 1974, aunque se ocupa someramente de Zamacois, López de Haro, Hoyos y Vinent y otros novelistas eróticos. Su figura empieza a ser estudiada por hispanistas europeos, como el alemán Thomas M. Sheerer, *Studien zum sentimental en Unterhaltungstoman in Spanien*, Heidelberg, 1983, libro cuya traducción al español sería deseable y que se ocupa de la narrativa erótica de principios de siglo.

² Tanto el primer nombre como el segundo se popularizan por medio de sendas publicaciones periódicas de la época. Zamacois funda en 1898 la revista *Vida Galante*, de carácter erótico aunque luego introduciría propaganda socialista. Su primera redacción estuvo en Barcelona y en 1900 se trasladó a Madrid. Según su fundador, pretendía «una revista frívola que recogiese el aroma de alcoba que perfuma la literatura francesa del siglo XVIII; una publicación traviesa, con historietas de mujercitas locas y maridos de vodevil, aunque sin audacias de mal género». Parecidas características tenía el semanario *Sicalíptico*, también impreso en Barcelona. Junto con la revista quincenal *París Alegre*, sirvieron para popularizar en España la literatura erótica de origen francés, aunque cultivada por escritores españoles. Cfr. Luis S. Granjel, *Eduardo Zamacois y la novela corta*, Salamanca, Publicaciones Universidad, 1980.

de tramas amorosas y presentaba escenas de somera lubricidad que escandalizaban a determinados sectores de la sociedad, pero que hacían más vendible el producto literario. Éste, la mayor parte de las veces, debe ser considerado más como un simple valor comercial que como una obra de arte, puesto que está en función de la demanda de un amplio público lector y presta escasa atención al estilo, la estructura, las técnicas narrativas y otros recursos que contribuyen a dar a la narración su valor intrínseco. Claro que, dentro del grupo de escritores que cultivan este tipo de relato, encontramos autores que cuidan la verosimilitud y los caracteres, como Felipe Trigo,³ en tanto que otros, más proclives a la comercialidad o menos dotados literariamente, se limitan a narrar una historia de amor adobada con escenas de cama o de prostíbulo.

Esta tendencia novelesca, que empieza a declinar conforme va avanzando la década de los 20, debido quizás a los problemas que tiene con la censura o el auge de la naciente novela social de preguerra,⁴ coexiste con otros tipos de narración, de carácter realista-costumbrista, que incluso tuvieron su refrendo oficial una vez terminada la guerra civil. No ocurre así con la novela erótica, que desaparece radicalmente del panorama literario español y que únicamente en nuestros días vuelve a resurgir en colecciones y autores específicos.

La mayor parte de la narrativa de «El Caballero Audaz» se encuadra, sin ningún género de dudas, entre las producciones de la novela erótica, e incluso, en opinión de algunos críticos, traspasa los límites de esta tendencia y se adentra en el terreno de lo pornográfico; afirmación que, de acuerdo con el estado actual de nuestro conocimiento de la producción literaria de Carretero, nos parece excesiva y, según parámetros actuales, poco fundada.⁵

José María Carretero nació en Montilla en 1888.⁶ Él mismo, en una entrevista finida con su alter ego «El Caballero Audaz», menciona su origen:

— Vamos a ver, amigo mío: ¿en qué parte de Andalucía nació usted?

El adjetivo sicalíptico aparece por vez primera en 1902 en el anuncio de una publicación, Las mujeres galantes, editada por Félix Limendoux, en el periódico El Liberal. Aunque el Diccionario de la Real Academia, ed. 1970, no lo incluye, el completísimo Diccionario de uso del español, de María Moliner, lo define como «palabra creada al parecer para anunciar una obra pornográfica pensando en las griegas «sykon», vulva, y «aleiptikós», excitante. Se usó sin conocer exactamente su significado literal, hace treinta o cuarenta años; ahora es desusada», op. cit., vol II, p. 1160. El término se consideró en su momento sinónimo de picante, verde, erótico o pornográfico. Cfr. F. Ruiz Morcuende, «Sicalíptico y sicalipsis», Revista de Filología Española, IV, 1919, y Luis Fernández Cifuentes, Teoría y mercado de la novela en España: del 98 a la República, Madrid, Gredos, 1982, pp. 75-76.

³ Su figura ya ha sido estudiada y valorada en el excelente libro de Angel Martínez San Martín, La narrativa de Felipe Trigo, Madrid, CSIC, 1983.

⁴ Cfr. José Domingo, «La prosa narrativa hasta 1936», en J.M. Díez Borque, Historia de la literatura española (ss. XIX y XX), op. cit., p. 225 y ss.

⁵ A ello hay que añadir que nuestra valoración puede tildarse de parcial, puesto que no hemos tenido acceso a la producción total del novelista, muchas de cuyas novelas son inencontrables en la actualidad incluso en las bibliotecas más importantes.

⁶ Otros autores dan como fecha de nacimiento la de 1890 y como lugar de nacimiento Madrid. Cfr. Federico Carlos Sainz de Robles, La promoción de «El Cuento Semanal» (1907-1925), Madrid, Espasa-Calpe, 1975, p. 260.

— En Montilla, que es un pueblecito muy blanco que se alza en la sierra de Córdoba.⁷ [Quizás el dato erróneo según el cual Montilla se alza en la sierra sea una simple novelización de sus recuerdos, como es patente en los fragmentos que siguen.] Mi padre era un hidalgo que labraba sus tierras, se preocupaba de sus políticos predilectos y me tomaba las lecciones del bachillerato. Un día, cuando yo tenía doce años, se presentó el fantasma de la filoxera y asoló las vides; mi pobre padre quedaba arruinado; entonces, en aquellos momentos de angustia suprema, tendieron la vista buscando el horizonte por donde había de volar yo para ganarme la vida por mi cuenta. Aquí, en Madrid, estaba mi hermano Manolo terminando su carrera: «Pues a Madrid», dijeron; y una noche muy oscura, cuando en el cielo no había ni una estrella a que confiar mi suerte, abandoné mi familia y mi pueblo, facturado en un coche de tercera y encargado, por mis escasos años, a la vigilia de la pareja de la Guardia Civil. Nunca he llorado ni lloraré tan desoladamente como aquella noche. De la tenebrosa oscuridad de la estación de Montilla, donde habían quedado mis padres sumidos en la angustia, pasé a la deslumbradora luz y al desconcertante bullicio de la Puerta del Sol.⁸

El origen andaluz de «El Caballero Audaz» no se transparenta en sus novelas, que transcurren por lo general en un ambiente de alta burguesía madrileña, aunque alguna, como *La sin ventura*, transcurre en un fabuloso Valdeflores, localizado entre Montilla y Aguilar: «Yendo en el tren desde Montilla hasta Aguilar, el viajero puede contemplar un puñado de blancos caseríos que se destacan graciosamente entre viñedos y olivares, regados por nuestro claro y rumoroso Guadalquivir: es el pueblo de Valdeflores, uno de los risueños y ricos de esta comarca».⁹ Este lugar resulta comparable a los hipotéticos Villabermeja o Villalegre de la Andalucía de Valera.¹⁰

El hecho es que Carretero, nacido en Montilla, realiza sus estudios de bachillerato en el Instituto de Cabra¹¹ y se traslada más tarde a Madrid donde entra en contacto con el mundo de la prensa, en un principio como ayudante de fotógrafo¹² y posteriormente como redactor. Entre tanto obtiene algún cargo en el Ayuntamiento de Madrid, debido a su amistad con el entonces alcalde don Alberto Aguilera y publica un cuento en el periódico *Nuevo Mundo*.¹³ Este hecho anima al joven escritor¹⁴ a dedicarse a la

⁷ «El Caballero Audaz», Lo que sé por mí (Confesiones del siglo), serie cuarta, Madrid, Mundo Latino, 1922, p. 226.

⁸ *Ibíd.*, pp. 226-227.

⁹ «El Caballero Audaz», La sin ventura (Vida de una pecadora irredenta), Madrid, Mundo Latino, 1921, p. 217.

¹⁰ Cfr. Rafael Porlan, La Andalucía de Valera, Sevilla, Publicaciones de la Universidad, 1980.

¹¹ El dato procede de F.C. Sáinz de Robles, La promoción de «El Cuento Semanal» (1907-1925), op. cit., p. 260.

¹² «El Caballero Audaz», Lo que sé por mí, op. cit., p. 227.

¹³ «Al mismo tiempo mi hermano y yo cultivábamos la amistad de aquel gran patricio que se llamó don Alberto Aguilera. Yo, por las noches, le escribía la correspondencia; un día vino de alcalde y me redimió de mi calvario llevándome al Ayuntamiento, que es el lugar de Madrid que más cariño tiene mío. Allí comencé a emborronar cuartillas; entre varios amigos fundamos un periódico titulado AEI, y en él salieron mis primeros balbuceos literarios, que creo eran poesías; claro que no tengo que decirle a usted que muy malas. Un día hice un cuento; cogí la calle de Fuencarral arriba y, después de andar dos horas, llegué a la antigua redacción de Nuevo Mundo. Pregunté por el director; no estaba; pero salió el redactor jefe, que era un joven caballero de porte noble, al que quise leerle mi cuento; él se resistió, un poco aterrado: «Déjemelo usted; lo leeré, y si me gusta se le publicará; esté tranquilo». Abandoné la redacción un poco desconfiado. Pasaron quince días, un mes, dos meses; yo había perdido toda esperanza; un jueves iba en un tranvía, y un señor a mi lado hojeaba un Nuevo Mundo; a hurtadillas yo lo curioseaba también. De pronto creí desmayarme: había leído el título de mi cuento; en mi locura, le arrebaté al señor el periódico; el señor protestó airado; me insultó...; en fin...: el delirio. Al día siguiente fui a dar un abrazo al redactor jefe

narración y al periodismo, siendo este último el aspecto que más notoriedad le procuró en su momento catapultándolo hacia la fama. Pertenece a la plantilla de *Prensa Gráfica* y en esta empresa editora, propietaria de varias publicaciones periódicas, como *Mundo Gráfico*, *Nuevo Mundo* y *La Esfera*, empieza a utilizar el pseudónimo literario que lo haría conocido en el mundo de las letras, «El Caballero Audaz».

Su labor y fama periodística están cimentadas en las numerosas entrevistas que realizó a lo largo de buena parte de su vida y que posteriormente recopiló en diez volúmenes bajo el título general de *Lo que sé por mí (Confesiones del siglo)*.¹⁵ Estas entrevistas o interviús obtienen el general aplauso, incluso el de Pérez Galdós, que fue objeto de una de ellas, el cual sólo pone reparos al término que emplea el periodista: «¡Ah, las interviús! Este terminacho estrambótico se me atraviesa como espina que se clava en mi lengua o un pelo que se enredara en los puntos de mi pluma, y lo desecho, lo arrojé del papel, sustituyéndolo por la expresión más castiza de coloquios, y mejor aún, confesiones».¹⁶ Sin embargo, el gran novelista reconoce cualidades bastante adecuadas para la labor periodística en «El Caballero Audaz»: «Se reúnen en él la prestancia personal para vencer la esquivez del confesado más escamón, la dulzura de su palabra un tanto ceceosa, la tenacidad interrogativa que nunca desmaya, la sutileza de su pensamiento para buscarles las vueltas a los que no se entregan sin rodeos o enrevesados eufemismos».¹⁷

También Cansinos-Asséns en sus memorias literarias, actualmente en curso de publicación, recuerda a nuestro periodista, aunque con evidente poca simpatía: «De pronto

que se había hecho cargo de mi trabajo; entonces supe que se llamaba Verdugo. Para mí, aquel apellido en un creador de mis ilusiones literarias resultaba una paradoja. Desde aquel momento, gracias a él, que es un espíritu castellano vaciado en un molde andaluz, mi firma comenzó a verse en las páginas de Nuevo Mundo y Por Esos Mundos», ibíd., pp. 227-229.

¹⁴ «tenía yo entonces quince años», escribe; ibíd., p. 229.

¹⁵ Luego se recopilaron en cuatro volúmenes en la inmediata postguerra, titulándose entonces *Galería*, Madrid, 1944. Por lo general Carretero no altera las entrevistas en esta última edición, aunque suele añadir alguna coletilla criticando la actitud, especialmente si es de carácter político, de algunos de sus entrevistados. Así, en el caso del también novelista erótico Hoyos y Vinent, dice entre otras cosas: «Antonio de Hoyos fue un renegado. Renegó de la fe que llevó de niño en el alma; renegó de su raza aristocrática, de su ambiente, de las tradiciones de su familia, de su patria, de sus amistades...

Hay que advertir que Antonio de Hoyos había empezado por renegar de su sexo y era un esclavo de sus taras sucias y malditas...» Y a continuación añade: «Cuando estalló la revolución roja, Antonio de Hoyos —sabiendo que yo era un perseguido y no estaba en condiciones de responder— me combatió sañudamente. Creyéndome muerto, asesinado por la horda, todavía siguió escupiendo sobre mi nombre su baba...

Antonio de Hoyos tomó el partido de los rojos —¡de los rojos, enemigos de la tradición, de la aristocracia, de la cultura, de cuanto a él le había dado vida!— y escribía en El Sindicalista —durante la guerra— artículos feroces.

Antonio de Hoyos, que al terminar la contienda era ya un despojo humano, caquético, intoxicado por el alcohol, rodeado siempre de siniestros milicianos, fue juzgado, con piedad, y sentenciado por la Justicia, y murió en la cárcel.

¡Al fin y al cabo, justo fin de una existencia que fue traidora a todo: a su vida y a la Vida!», José María Carretero, Galería, op. cit., vol. II, p. 437. Carretero suele mezclar con frecuencia el insulto y la palinodia en sus últimas publicaciones.

¹⁶ Testimonio recogido, junto con otros muchos, en «El Caballero Audaz», *La ciudad de los brazos abiertos*, Madrid, Renacimiento, 1926, en un apéndice titulado «Palabras de escritores españoles en torno a "El Caballero Audaz"», p. 323.

¹⁷ Ibíd.